ELOCUENCIA DE TIGRE

POR

MANUEL PICADO G.

Universidad de Costa Rica

Con motivo de la aparición de *El tigre luminoso*¹, este artículo se propone reflexionar sobre algunos aspectos que hoy son dignos de toda atención en el trabajo literario de Alfonso Chase (1945).

Para que su comienzo sea también el mío, empezaré citando el principio del libro:

Donde el hedor de los cuerpos señale el sitio del osario. Donde el tufo del más rancio perfume esconda la podredumbre evidente. ¿Dónde? ¿Dónde? Llama la noche en destemplados gritos aquello que fundamos sobre nuestra propia palabra. ¿Dónde la sílaba, entonces, se pudre y los pájaros emergen, con hilillos de sangre entre los dientes? ¿Dónde? ¿Dónde? Llama la noche a la noche y le contesta la mañana².

Destaca, en el inicio, la recurrencia de un vocablo. Con matices y valores diversos, sobre todo interrogativos, la palabra *dónde* se reitera en el párrafo. En su apertura el libro acumula interrogantes de lugar y, no obstante, las deja sin respuesta.

A partir de aquí, *El tigre luminoso* puede caracterizarse como un proceso de búsqueda de lugares, de otros y nuevos sitios de la palabra. Esta es una de las muchas tareas que se ensaya y realiza en *El tigre luminoso*, y al advertir tal fase del libro, no podemos menos que avalarlo, ofrecerle nuestra aquiescencia. En efecto, esa búsqueda constituye una de las tareas prioritarias del escritor, del intelectual de hoy; es decir, de quien no con-

¹ Alfonso Chase, *El tigre luminoso* (San José: Editorial Costa Rica, 1983). Todas las citas, obviamente, procederán de la edición antes citada. Junto al fragmento reproducido se indicará sólo el número de página.

² *El tigre luminoso*, op. cit., p. 17.

cibe su práctica como la aplicación tranquilizante de una teoría previa, según lo exigían ciertos humanismos ya obsoletos.

La tarea que Chase se propone, esa labor exploratoria de otros espacios de escritura, resulta, por lo demás, indispensable en la hipercomunicación de hoy, en la emisión exacerbada de signos que ahora conocemos y padecemos.

Aunque podría haberlas, y en amplia medida, en *El tigre luminoso* no se persigue la novedad o la originalidad del tema o de las técnicas. Usando la formulación grata a los discursos didácticos, el problema no es el ¿qué decir? o ¿cómo decirlo? El problema es, más bien, ¿desde dónde escribir?, ¿hacia dónde?

En *El tigre luminoso* se trata, ante todo, de una cuestión tópica, de un asunto de posiciones y figuras de la palabra. Esta inquietud por el lugar, constitutiva desde la apertura del libro, nos enseña que el modelo del texto no es el de la lengua y sus normas, o el de la literatura y sus reglas. En su preocupación tópica, *El tigre luminoso* indica que su modelo no es la gramática, sino la guerra; es decir, el libro se escribe como estrategia, arma y batalla. Por eso puede afirmarse que su objetivo no es tanto el sentido del verbo como su intensidad y violencia, su fuerza. Escribir significa, así, la experiencia de la fase energética de los vocablos. A eso apunta el libro desde su mismo título. *El tigre luminoso* puede leerse como la metáfora misma del texto.

A pesar de que el inicio del libro deja sus preguntas sin respuesta, en alguna medida esa respuesta puede advertirse en la frase última. Incidentalmente, anótese que la contestación al llamado sólo podrá venir del otro, de otro tiempo y lugar. ¿En qué medida eso no dramatiza las posiciones de la lectura y la escritura? «Llama la noche a la noche y le contesta la mañana» (*ibíd.*).

A los signos de apocalipsis que hoy abundan por todos lados, no desearía sumar otros tantos. Sin embargo, es un hecho que lo literario vive hoy desplazamientos muy serios en el cuadriculado de nuestros saberes y discursos. Las transformaciones hoy en curso pueden terminar en la disolución de la literatura o, lo que sería igual, pueden llevar a que ella ocupe un lugar anodino en la red de nuestros lenguajes.

Esa conciencia de las mutaciones actuales del estatuto de lo literario y de sus prácticas asociadas también se escribe en el texto de Alfonso Chase. Por eso, en *El tigre luminoso* la literatura se lee y se escribe como burla de ella misma. Por ese motivo, el libro abunda en alusiones sarcásticas a los poetas y a la poesía. Destaca asimismo una posición de crítica muy severa a la «función autor» y a las representaciones movilizadas por ella.

El tigre luminoso es una práctica de escritura; es decir, un trabajo que atenta contra la mitología que suele recubrir el campo literario. Y en este sentido se trata de un libro de impacto ideológico antes que de consigna política. El texto constituye un examen crítico y mordaz de algunas fases de nuestras ideologías literarias. Y esto es posible porque se trata de un escribir «ejecutivo», o sea, de un texto que no es signo y sentido, sino arma y asalto al mismo tiempo:

Escribir: accionar, definir, desdibujar, asesinar. Como si fuéramos delincuentes ocultos por invisibles y negros anteojos (p. 101).

Por lo dicho antes, puede afirmarse que *El tigre luminoso* replantea necesariamente el destino quijotesco del escritor: buscar la fusión imposible del sujeto, la palabra y la acción.

En diversas formas, el libro de Chase nos presiona a enfrentar la literatura por caminos vedados a las instituciones y saberes literarios usuales. Nos obliga, incluso, a discernir claramente entre la experiencia literaria y el ritual que las ideologías despliegan a fin de conjurarla. Para escribir y leer algo como el nuevo libro de Chase es indispensable haber separado la experiencia luminosa de la institución voraz y sus coartadas.

En *El tigre luminoso* la crítica de lo literario coincide con una fuerte ironía de ciertas representaciones muy generalizadas de la condición humana. Claramente se alude a las representaciones racionalistas del sujeto hablante, y, de modo sutil, se trata de relativizarlas. Esta actitud es posible gracias a una revaloración de la palabra, que la hace romper y replantear sus antiguos vínculos con la razón:

De la razón recojo sus despojos memorables. Los tenues cadáveres expuestos al aire de la historia. A la razón hipócrita opongo la esencia de los sueños, la palabra dispersa como el polen. De lo tenuemente razonable poco queda (...).

De los escombros ardientes de la razón recojo las chispas de su fuego para prender la llama de la vida (p. 139).

El tigre luminoso no sólo es crítica de los discursos literarios. Necesariamente también es autocrítica. Este carácter se observa en su posición, al menos doble, ante la palabra. En efecto, el libro marca, por una parte, desconfianza, escepticismo, cierto desencanto y condena del lenguaje. No obstante, al mismo tiempo delata un gran amor y seducción por la palabra, una firme esperanza en ella, incluso una apología entusiasta. En este horizonte contradictorio y tenso se escribe el libro. Ahí deberíamos leerlo.

Un aspecto que sin duda llamará la atención del lector es la dificultad para ubicar *El tigre luminoso* dentro de las casillas en que suele organizarse la experiencia literaria. *El tigre luminoso* no se presenta apoyado en la garantía de los géneros, y por eso rechaza la máscara de las verosimilitudes. Ahí la palabra es ficha del juego y, como tal, se arriesga.

El tigre luminoso no puede reducirse ni a lo lírico ni a lo narrativo. Pasa por ambos y, al mismo tiempo, bordea el ensayo, el epigrama, el texto gnómico, la confidencia y el epígrafe, el aforismo. El género ya no es pertinente para este libro. No hay en él un tipo de discurso, sino que el texto se construye como una convergencia de múltiples discursos. En este sentido, el libro resulta transversal a la clasificación ideológica y, por eso, conoce la gravedad y lo cursi, la ternura y la burla, la seriedad, la admiración y la risa. *El tigre luminoso* rechaza la clasificación. Es por eso que invita a renovar la alianza de la literatura y la idea, de la poesía y el pensamiento, de escribir y vivir.

El nuevo libro de Chase enseña que el rigor y la fuerza intelectual no necesariamente son sinónimos de la rigidez del discurso. El lenguaje hierático sólo conviene a las ideologías y, por eso, el texto recurre a la sucesión de los fragmentos como principio de composición. El texto mismo formula este principio cuando se plantea como: «Textículos. Textos reducidos al mínimo» (p. 32).

Gracias a la fragmentación, el libro burla el principio monolítico del género. Al mismo tiempo, gracias a ese recurso, establece distancia respecto de cualquier afán o principio de totalidad. Desde este punto de vista, resulta significativa la frecuencia del término *polen* a lo largo de todo el texto. En cierta forma, ese vocablo germinal también puede leerse como la metáfora del texto. Es ahí, también, donde puede leerse una conciencia que atraviesa todo el libro: leer y escribir, los caminos de la letra y el texto son inagotables, infinitos. Ante el desgaste que hoy conocen nuestros días, ésta es, en mi opinión, una de las fases más luminosas del nuevo libro de Alfonso Chase.

Si a despecho de las afirmaciones precedentes insistiéramos en buscar un género para *El tigre luminoso*, éste podría ser el de la memoria. No obstante, se trata de una memoria muy lejana del diario autobiográfico, hoy tan cercano al *best-seller* y, por lo demás, altamente ironizado en el propio libro:

Los diarios sólo sirven para ocultar lo que no nos atrevemos a decir en público (p. 79).

Las memorias (...) tienen el aire tenebroso de la arterioesclerosis rondando, malévola, por toda la imaginación (p. 100).

El tigre luminoso es memoria autobiográfica en un sentido renovado. El libro es memoria de la experiencia radical del lenguaje que constituye la escritura; algo así como el balance de un recorrido vertiginoso a lo largo de los signos. Al mismo tiempo, recoge el descubrimiento de lo simbólico como raíz y potencia fundamental de la condición humana:

Descubro la verdad de la palabra fragmentada. De ese ser apenas signo. Me asusto al descubrir el valor sellado del lenguaje. El río de palabras de mi pensamiento. La sensación elemental de hablar dormido (...) (p. 29).

El tigre luminoso es memoria y autobiografía. Pero no en el sentido fácil y autocomplaciente: contar(se), es decir, otorgarse, por la mediación del relato, un sistema imaginario que se llama «nuestra vida». El libro no pretende ser narrativo; por lo mismo, no se decide a ser reminiscencia ni regresión. *El tigre luminoso* es autobiografía en sentido estricto: auto-inscripción, vivir como texto, escribirse como vida. El libro recoge una experiencia subjetiva que no se dice, no podría decirse, en las formas gratificantes de los géneros en uso.

Alfonso Chase y quien suscribe estas páginas tienen particular simpatía por el texto de Roland Barthes. Aprovecho la comunidad de esa escritura para resumir lo antes expuesto. Del libro *Fragmentos de un discurso amoroso* reproduzco un pasaje que se aplica, con toda propiedad, a *El tigre luminoso*:

Es un retrato, si se quiere, lo aquí propuesto; pero este retrato no es psicológico, es estructural: da a leer un lugar de palabra: el lugar de alguien que habla en sí mismo, amorosamente, frente a otro (el objeto amado), que no habla³.

En tanto libro de reflexiones, *El tigre luminoso* configura una gama variada de intereses: la ciudad, el fútbol, las relaciones, la enseñanza, la sexualidad. Bordeando el ensayo, el libro se interroga y admira ante aquello que muchas veces no es objeto ni de la mirada distraída.

Un poco a la manera del historiador, *El tigre luminoso* manifiesta una preocupación por el futuro, ligada a la evaluación del pasado y a la crítica del presente. Reclama una patria más allá de las representaciones ideológicas y, por eso, denuncia con vehemencia la «recuperación» de las figuras de ruptura: García Monge, Vicente Sáenz, Omar Dengo...

³ Roland Barthes, *Fragmentos de un discurso amoroso* (México: Siglo XXI, 1982), p. 13.

La preocupación por lo nacional se manifiesta también como crítica del país y su gente debido a su falta de intensidad. Resuena en esta fase una cierta valoración moral muy propia de la tradición literaria costarricense.

Por otra parte, la preocupación política no se plantea como ajena a la dimensión de lo imaginario. En cierta forma, el libro muestra que reivindicar esa dimensión no tiene que pasar obligatoriamente por el campo del solipsismo egótico o de cualquiera de las formas sacralizadas de plantearse la cuestión subjetiva.

Antes se afirmó que el libro comenzaba con una serie de preguntas de lugar y se apuntó también la ausencia de respuesta. Notemos ahora que *El tigre luminoso* finaliza señalando un lugar: el cuerpo, el único sitio donde pueden sobrevenir las palabras.

Visto desde su final, el texto resulta una interrogación sobre el lugar del cuerpo en relación con el símbolo, la posición del soma en la lengua. *El tigre luminoso* es una indagación sobre todos nosotros, sobre estos cuerpos que hablan:

Nunca me supuse el sobreviviente. Nunca entendí a mi cuerpo como al salvado, el victorioso, el vivo entre la podredumbre.

Nunca el naufrago que tocó tierra o el salvado por tibios marineros, olorosos a sal y a cerveza.

Nunca salí del mar. Toqué el fondo de la piedra, el frío pegajoso del pez, la herrumbre peligrosa del ancla.

Nunca volví del viaje.

El día fue mi tumba y la soberbia de estar vivo mi propia sepultura.

No salí a flote. Tampoco vomité sobre la arena el asco del sobreviviente.

Y, sin embargo, estoy vivo.

Avido para la semilla de vida, que viaja por todos los miembros de mi cuerpo (pp. 139-140).